

Darío Vilas

Una cara conocida



Aunque esta novela está inspirada en hechos reales, interpretados y alterados con absoluta libertad, se trata de una obra de ficción. El protagonista, así como el resto de los personajes principales, son inventados. Del mismo modo, las situaciones y acontecimientos que se relatan en ella no tuvieron lugar, son fruto de la imaginación del autor. Los nombres de las personas reales implicadas, por respeto, han sido omitidos o aparecen mencionados mediante siglas intercambiadas.

Cualquier otra concordancia con la realidad que pueda hallar el lector es producto de la casualidad o de asociaciones subjetivas.

*A todas las familias a las que les arrebataron una parte de
ellas y se les deniega la justicia y el consuelo del duelo*

Primera parte

2 de mayo de 2002

Fue entonces cuando empezaste a pensar en la inevitabilidad de la muerte.

No tienes apenas recuerdos del año 2002. Con el paso del tiempo, tu memoria se volvió frágil, huidiza. Quizás porque abriste tantos frentes que tu cerebro se vio obligado a liberar espacio, así que conserva solo aquello que considera relevante, tanto si lo es como si no.

Tampoco hay intención de reflexionar sobre los mecanismos de la mente humana. Por lo que sea, más o menos a partir de la mitad de tu vida todos tus recuerdos se convirtieron en instantáneas, en fogonazos. En el mejor de los casos, en alguna escena corta que reescribes cada vez que acudes a ella.

La cuestión es que estamos en 2002, un año de transición entre hitos importantes, así que tu memoria quedará eclipsada por una imagen concreta que inhabilitará casi todas las demás: la fotografía de una chica pegada en el escaparate de una cafetería.

Ya tendremos tiempo de volver sobre eso. De momento, eres un chico de veintiún años que madruga para fingir que se forja una vida laboral. No se puede definir de mejor manera, porque no tienes contrato, ni funciones concretas ni ganas de ocupar ese puesto de administrativo en un taller semiclandestino, regentado por dos hermanos gemelos trein-

tañeros; uno drogadicto y el otro con graves problemas de control de la ira.

Pero lo cierto es que cumples con tus obligaciones cada día. Sin excepción, sin quejas y con un poco de desasosiego.

De lunes a viernes, te levantas a las seis y media de la mañana, te duchas, te vistes y emprendes el camino al trabajo a pie. Cuatro kilómetros que dan para reflexionar, con parada a mitad de ruta para desayunar siempre en la misma cafetería. Café con leche cargado, el bollo que tengan fresco ese día y la prensa deportiva. Nada de crónicas, no te interesa almorzar malas noticias. Solo quieres evasión, dejar que la vista se pasee por parcelas de césped diseñadas para resistir las estampidas de dos manadas rivales de depredadores que corren tras la misma presa esférica. Cuerpos fibrosos, peinados de moda, dorsales y nombres a la espalda; posadolescentes curtidos en gimnasios y discotecas de moda, convertidos en marcas comerciales por sus clubes.

No necesitas más. No puedes con nada que no sean frivolidades a esas horas, en tus circunstancias. Hace unos meses que descuidas la alimentación de tu cuerpo y de tu espíritu.

Tardas en desayunar lo justo porque tienes los tiempos bien medidos. Diez minutos contados y continuas con tu caminata. Así puedes demorarte un poco cuando toca recorrer los últimos metros hasta llegar al taller, para fantasear con darte la vuelta y regresar a casa. Y no volver a ese lugar en el que no quieres estar.

Pero ¿de qué opciones dispones? Apenas eres un veinteañero y ya te sientes como si hubieras alcanzado la mediana edad. Como si llegaras tarde a todo y te vieras obligado a encaramarte sobre la marcha a cada primer tren que se te cruza, por miedo a quedarte en tierra.

Dejaste de estudiar en cuanto te sacaste el primer título de grado medio, por si eras incapaz de conseguir algo más. Aceptaste el puesto de administrativo en el taller porque te lo pusieron en bandeja, sin buscar alternativas, por no perder esa oportunidad. Llevas cuatro años embarcado en una rela-

ción sentimental que estaba herida desde el primero, aunque en eso solo cargas con la mitad de la responsabilidad.

Vives aferrado a clavos que arden, lleno de temores infundados.

Pronto entenderás que esto es solo el principio, que te queda por delante un mundo, una vida; cuando se la arrebaten a la chica del cartel, la que tiene casi la misma edad que tú, aunque su mirada proyecte toda la ilusión que a ti te falta.

Una cara conocida.

Llegaremos a ello. De momento estamos dando un rodeo por delante del cementerio de Pereiró. Sus tapias musgosas no consiguen ocultar por completo de tu vista el almacén de carcasas en descomposición que hay detrás.

Desde que pasas frente a él cada día, no puedes evitar los pensamientos oscuros. Fantaseas con qué cuerpos, de entre los que se apilan en los nichos del otro lado, pertenecieron a personas a las que conociste en vida. Te preguntas cuándo acogerá a uno de tus familiares. A algún tío o primo de los muchos a los que no identificas más que por el nombre. A tu abuela, con la que vives desde que empezaste a trabajar en el taller, como transición hacia tu emancipación definitiva, mientras acondicionas el piso ruinoso que alquilaste en una arteria de la ciudad cuyo nombre ni crees que figure en los mapas callejeros.

O cuándo te albergará a ti.

¿En qué momento te tocará? ¿Cuándo separarán las dos hojas de forjado del enorme pórtico para abrirle paso a la comitiva de tu familia y amigos? ¿Faltarán mucho para que un puñado de empleados de pompas fúnebres acarreen a hombros con el peso de tu ataúd y de tu cuerpo despojado de la carga de seguir vivo, pero del que se quejarán para sus adentros de todos modos? Para ellos serás la faena del día y, como tus presupuestos, tus anotaciones en los libros de contabilidad y los cafés que les sirves a tus jefes, no supondrás nada más que tedio.

A estas horas de la mañana no hay velatorios ni entierros. Tampoco hay visitas. El único movimiento por las inmediaciones es el trajín de las vendedoras de flores que despliegan sus mesas y sus toldos, colocan cirios, coronas y ramos, mientras te observan al paso como si llevaras impreso en la cara el temor a que tu nombre cruce muy pronto, sobre una banda brillante, uno de sus elaborados arreglos florales.

«Jaime, los que te queremos no te olvidamos», podría rezar. Es uno de esos lemas cuyo significado se te escapa, porque no entiendes que alguien tenga que remarcar que no te relegó al olvido a las pocas horas de haber fallecido.

«Jaime, haremos lo que podamos para que el paso del tiempo no borre la huella que dejaste en nuestras vidas», sería mucho más honesto y acorde. Lo más adecuado para el estado de nihilismo en el que te hundes desde que tienes que hacer este recorrido a diario.

Un motivo más para querer darte la vuelta y no volver a emprender esta ruta inevitable.

1

La larga fila de empleados llegaba desde la mitad hasta el final de una pequeña callejuela de la ciudad, entre la avenida principal y la plaza que conectaba con otras cinco vías bastante transitadas.

Cada mañana, desde hacía dos meses, Jaime tenía que pasar por un ritual que recordaba a las procesiones religiosas. Trabajador por trabajador, las más de cien personas que compartían turno con él tenían que alinearse por la acera manteniendo un metro y medio de distancia entre ellos. Esto eternizaba las entradas y salidas, los obligaba a llegar casi media hora antes, para conectar el terminal a las nueve en punto, y a perder otros treinta minutos en salir de manera ordenada a las tres de la tarde.

Una hora al día que se les arrebatava y no estaba remunerada, más el trayecto de ida y vuelta, pero que debían ponerla a disposición de la empresa, por supuesto. En el *call center* estaban más cerca de aprobar que se les descontasen los descansos de cinco minutos por cada hora trabajada, que de compensarles el tiempo que perdían en llegar, ocupar su puesto y regresar cada uno a su hogar.

Pero Jaime era de los pocos empleados a los que no les importaba sacrificar parte de su día. Desde el divorcio podía dedicarse a sí mismo, o al trabajo, a tiempo completo, a excepción de los dos fines de semana al mes que le corres-

pondría pasar con Bárbara, su hija, que desde que bordeaba la adolescencia tampoco tenía demasiado interés en él. Conducía dos horas de ida hasta A Coruña, para recogerla en casa de Muriel, y otras dos de vuelta. Total, para tenerla día y medio apalancada en el sofá, enganchada al móvil, o encerrada en el único cuarto del que disponía en el apartamento que había alquilado cuando decidió volver a la ciudad.

Cuando Bárbara estaba en casa le cedía a ella la cama y él dormía en el sofá.

Tampoco esto le importaba, a menudo le entraba la mororra mientras veía alguna serie o película, después de cenar, y ni siquiera hacía el intento de llegar al dormitorio. Al fin y al cabo, ya tenía la espalda castigada por las seis horas diarias que pasaba sentado en las sillas, nada ergonómicas, de los puestos en el centro de atención al cliente.

—Podías haberte molestado en buscar un trabajo acorde con tu categoría profesional —le reprochó Muriel, a pesar de que habían llegado a un acuerdo de manutención mínima porque ella regentaba, desde hacía más de una década, los dos aparcamientos que la empresa de su padre había inaugurado en A Coruña.

—Cogí lo que había, Mur. Te puedo asegurar que atender las quejas de un departamento de reclamaciones no es vocacional.

—No haberte ido, no tenías necesidad.

—Sí, habría sido comodísimo para ambos pasar de ser tu marido a ser solo tu subordinado.

—Soy una profesional, no te guardo ningún rencor y nuestra relación no afectaría al trabajo. No mientras respondieras como siempre.

—Me habría afectado a mí —reconoció en aquel momento.

—Claro. Y tampoco podías buscarte un trabajo aquí ni para estar cerca de tu hija.

—Estoy a menos de dos horas de vosotras en coche. Fuera de mi horario, le piso a fondo y me planto ahí en hora y media en cualquier momento, si lo necesitas.

—Vale, Jaime. Es tu decisión y me toca respetarla —dijo, como si realizase una concesión no solicitada—. Te mereces ser feliz, aunque no sepas lo que es eso. Si crees que escapando a Vigo lo vas a conseguir, me parece bien.

Ser feliz.

Jaime no había vuelto a Vigo para ser feliz. Ni siquiera sabía por qué había regresado, solo tenía claro que no quería estar allí, cerca de Muriel. Ni siquiera cerca de una hija que, incluso cuando compartían juegos, parecía alejarse cada vez más de él.

Con el tiempo aprendió a valorar en positivo los esfuerzos de Muriel por hacer de su marido una persona de provecho. La ambición de su exmujer se había traducido, cuando aún eran pareja, en deseos de prosperar de la mano. Que él no pudiera, o no quisiera, seguirle el ritmo, no fue culpa suya.

Lo que antes Jaime consideraba recriminaciones, supo ver desde la distancia que no eran más que respuestas lógicas a la frustración que le producía a Muriel que siempre hubieran transitado por la vida a diferentes ritmos.

Había aprendido a quererla y respetarla mucho más por separado que juntos, y solo esperaba que ella se hubiera liberado de un lastre que no la había permitido desarrollarse por completo como persona.

2

—Jaime, puedes hacer una pausa de cinco minutos—anunció la joven coordinadora de su grupo. Una chica alta y delgada como una mantis, llena de tics nerviosos, que tendría poco más de la mitad de los años que el empleado a su cargo.

—Gracias, Candela.

—No tienes que darme las gracias cada vez que te mando al descanso, es lo que te corresponde.

—Lo hago por educación.

A Jaime se le daba bien ser un subalterno si sentía que estaba libre de competencias que fueran más allá de atender la siguiente llamada que entrase en su terminal. Había descubierto el placer de no tener apenas responsabilidades y a encajar reprimendas fútiles de personas mucho más bisoñas que él. Esa falta de experiencia, y la diferencia de edad, hacía que no terminasen de verse como sus superiores. Le pasaban por alto errores menores y le restaban importancia a los que la tenían.

En la nueva etapa que había iniciado, en lo que con suerte podía ser la mitad de su vida, se sentía ligero. Se había desprendido de la carga que se echó encima al dejarse arrastrar por lo que tocaba en cada momento: emanci-

parse, casarse, mudarse a una casa amplia en otra ciudad, tener una hija y prosperar en lo profesional. Hasta que se vio lejos de todo aquello no fue consciente de que nada de eso respondía a sus propios deseos, sino a concesiones que hacía a las personas a las que quería.

Sus cinco minutos de descanso, cronometrados, los dedicó a hacer una visita rápida al baño y a consultar su teléfono móvil, por si tenía alguna llamada de Muriel o del colegio de Bárbara. Todavía no se había desprendido de aquel impulso paternal. No se hacía a la idea de que ya no era la mejor opción en caso de tener que avisar a alguno de los progenitores.

La pantalla de su *smartphone* mostraba un aviso de llamada perdida y otro de un mensaje de audio. Desbloqueó el terminal y vio que ambos eran de su madre.

Dos minutos y medio de mensaje y le quedaban tres de descanso.

Iba justo de tiempo, pero lo abrió de todos modos. No se podía temer lo que estaba a punto de escuchar.

«Hola, hijo. Mira, acabo de llamar a tu casa y hablar con tu mujer... tu exmujer, perdona, que aún no me hago a la idea, y me enteré por ella de que estás en Vigo. En fin, no esperábamos otra cosa, para qué engañarnos. Sabemos cómo eres. Si de tu hermana hace casi diez años que no tenemos apenas noticias, tampoco contábamos con que tú vinieras a hacernos una visita a tu padre y a mí. Pero como mínimo podrías haberme mandado un mensaje para contarme que habías vuelto para quedarte. Te habría ido a visitar yo, como siempre, no pretendía que te tomaras la molestia. Ya nos dirás dónde estás viviendo, si quieres.

»No te llamaba por eso, de todas formas. Supongo que si no cogiste la llamada es porque estarás trabajando, que Muriel me contó también que ahora eres telefonista. Quería hablar contigo para contarte que Amelia está ingresada. Está muy enferma, Jaime, y no deja de ser tu abuela. No va a salir de esta, supuse que querrías saberlo. A nosotros

nos avisaron desde el propio hospital, ella no me dijo nada cuando se empezó a encontrar mal, y como no te vi por allí di por hecho que tampoco a ti.

»La tienen en cuidados paliativos, así que, si tienes interés en despedirte de ella, ve a verla pronto.

»Tu padre te manda un saludo. Besos».

3

Cuando Jaime y Muriel abandonaron su ciudad natal para emprender la aventura coruñesa, Vigo contaba con tres hospitales públicos en funcionamiento. Con sus carencias, con el personal sanitario desgastado por la desidia de unas instituciones públicas que lo maltrataba por sistema y con equipos obsoletos, en su mayor parte. Pero todos eran accesibles, situados en enclaves estratégicos y designados a cada ciudadano por proximidad, en función del centro de salud que le correspondiera.

El nuevo complejo hospitalario, un gigante de cemento y cristal ubicado a las afueras, en lo que antes era un enorme descampado, centralizaba ahora la mayor parte de los servicios sanitarios de la ciudad y su área metropolitana, como le explicó su propio médico de cabecera cuando acudió para hacerse un reconocimiento rutinario que se demoró casi un mes, desde que solicitó la cita telemática.

El Hospital Álvaro Cunqueiro no solo estaba alejado del núcleo urbano, sino que además estaba pensado para vaciar los bolsillos de pacientes y acompañantes desde el momento en que aparcaban el coche enfrente o bajo sus instalaciones. Contaba con dos parkings de pago —uno junto al área de urgencias y otro, de varios pisos, para las consultas y hospitalizaciones—, que ponían en marcha un descontador de euros que no se detenía hasta que volvías a subirte al coche y te alejabas.

Jaime accedió por la que le pareció la puerta principal, aunque observó que había varias de similar tamaño, y se acercó al primer mostrador con el símbolo de información que vio.

Para su sorpresa, y pese al entramado laberíntico que le resultó el hospital desde dentro, todo estaba bien organizado.

Tras identificarse como familiar de una paciente terminal ante una funcionaria amable, esta le indicó que la Unidad de Cuidados Paliativos no estaba allí, sino en el servicio de Medicina Interna del Complejo Hospitalario Universitario de Vigo. En el conocido popularmente como Hospital Meixoeiro, al otro lado de la ciudad.

Así pues, tras abonar la tarifa mínima del parking, Jaime desanduvo el trayecto. Acababa de perder media hora en ir desde la zona del centro, donde estaba su apartamento, hasta el extremo de la ciudad opuesto al del hospital en el que estaba ingresada Amelia.

Tenía una posibilidad entre dos y, en su línea, había escogido la equivocada. Algo que habría podido ahorrarse con una simple llamada a su madre o a la centralita del Sergas*.

Fuera como fuera, siempre era mejor el paseo en balde con el coche, que le servía para familiarizarse con la nueva configuración de su ciudad, que devolver la llamada a su madre y aguantar una arenga para la que aún no estaba preparado. Solo estaba postergando lo inevitable, pero lo haría todo el tiempo que pudiera. A esas alturas, tratar de unir por la fuerza todas las ramas podadas del árbol familiar se le antojaba un esfuerzo estéril para cualquiera de las partes. Pensaba que era mucho más importante restablecer el vínculo natural que había surgido entre Amelia y él, mientras todavía estuviera a tiempo.

* «Servizo Galego de Saúde», organismo de la administración a cargo de la asistencia sanitaria pública en Galicia.

Le costaba demasiado aceptar la idea de que una mujer como ella, una verdadera fuerza de la naturaleza, estuviera a punto de morir. Incluso le resultaba difícil hacerse a la idea de que tuviera ya sus buenos noventa y dos años. La última vez que la había visto, en una visita que Muriel y él le hicieron al poco de nacer Bárbara, tenía setenta y siete, y lucía casi el mismo aspecto que nueve años antes.

Después del tiempo que habían compartido, hacía casi dos décadas, Jaime tenía la absurda certeza de que su abuela les sobreviviría a todos.

2 de mayo de 2002

Tu abuela también trabaja sin contrato, como tú. Ejerce de cocinera ilegal en un bar de tapas ubicado en la misma avenida en la que reside, muy cerca de su piso. Un antro que pertenece a Antonio, el hijo de un antiguo amigo de la infancia que heredó de su padre el nombre y el negocio.

Es curioso cómo los dos extremos generacionales de vuestra familia se han dado la mano en la precariedad laboral. Aunque en el caso de Amelia no es por necesidad. A sus setenta y dos años, cobra una pensión digna, entre la cotización mínima de España y haber sido la única abuela, de entre las de tus amigos de la misma quinta, que trabajó como empleada en un buen número de empresas extranjeras, antes de su jubilación.

No, lo suyo no es por tener que hacer encaje de bolillos con las cuentas para llegar a final de mes. Es que no sabe estar quieta, bastante tiene con que la salud la obligase a dejar de viajar para buscarse la vida. Es una mujer enjuta, compacta, con unas carnes prietas impropias de su edad y una energía desbordante. Nunca fue una belleza, aunque tampoco le faltaron pretendientes. Siempre prefirió la soledad, o las malas compañías durante períodos demasiado breves como para afianzar una relación, después de divorciarse en una época en la que hacerlo conllevaba un estigma social.

El problema de Amelia es que era incapaz de asentar el culo en el mismo lugar por mucho tiempo, ni siquiera para criar a su hija, tarea que delegó en su tía —Eulalia, tu tercera abuela; como tal la concibes y por ese apelativo te referiste a ella hasta el día de su muerte— mientras aceptaba puestos de operaria en Portugal, Francia o los Países Bajos. Donde fuera con tal de poner kilómetros de por medio.

Pero llegó un día en que hicieron parar a tu abuela a golpe de un diagnóstico que no tienes nada claro. Algo típico de su edad, te aseguró, sin darte más explicaciones. Te dijo que su médico le había aconsejado mantenerse cerca de la familia.

No dar detalles de nada es también muy característico de Amelia, quien pasó a ocupar el piso que tenía en propiedad desde finales de la década de los setenta, en el que jamás residieron inquilinos. Al igual que el nicho que te dijo poseer en el cementerio de tus temores, son espacios que le pertenecen y que están en espera de que tenga que ocuparlos.

—El paso previo hacia la tumba es enclaustrarme en este piso —sentenció cuando la ayudaste en una mudanza que, por pura escasez de pertenencias, os llevó media tarde, dado que la mayor parte de sus cosas las abandonó en el estudio que había tenido en alquiler en Ámsterdam hasta entonces.

En aquel momento no lo entendiste. Ahora sí. La siguiente parcela que ocupará Amelia está en ese cementerio que no puedes esquivar cada mañana de los días laborales. Un último emplazamiento ineludible.

—No digas eso, abuela —respondiste, pese a que en tu fuero interno supieras que era verdad.

—Digo lo que me da la gana —replicó ella, con su habitual tono de enfado sin carga real—. Soy yo la que se va a morir de siguiente.

—Eso no lo sabes.

—Claro que lo sé. ¿Cuántos años tienes tú, Jaime?

—Veintiuno —contestaste, aunque pensabas que quizás ella debería saberlo. Si le importase.

—Pues ya está. Voy yo por delante —sentenció la mujer—. ¿Veintiún años ya? Madre mía, qué poquito me queda —reflexionó, mientras levantaba las manos y fingía echar cuentas con los dedos, como si supiera de antemano el crédito que le había sido concedido.

—¿Cuántos? —la provocaste.

—Menos que a ti. Así que no me hagas perder el tiempo y coloca esas cajas en el dormitorio, que para eso estás.

Eso ocurrió apenas cuatro meses antes de que te propusiera ocupar la única habitación vacía de su piso, mientras acondicionabas tu propia vivienda. No lo hizo de buena gana, la idea no pareció entusiasmarle, pero tampoco te preguntó por qué no querías seguir viviendo con tus padres. No te pidió explicaciones porque ella tampoco cree que se las deba a nadie. Te brindó ayuda cuando la necesitaste y punto.

Fue entonces cuando empezaste a quererla como la abuela que nunca había sido, ni para ti ni para nadie.

Desde el primer momento, existió un entendimiento tácito entre vosotros. Un pacto de no agresión en la convivencia circunstancial que apenas rompisteis en un par de discusiones menores, que siempre zanjaba ella con un: «Y si no te gusta, te vas para tu piso vacío o te vuelves con tus padres».

Incluso por eso la admirabas. A su manera, su tosquedad no dejaba de ser otra muestra de su carácter ingobernable y de ese desarraigo que nunca entendiste durante tu niñez, pero en el que ahora te reconoces más de lo que te gustaría admitir.

4

—Su abuela, señor Carou, padece un cáncer de páncreas en fase terminal —le explicó la responsable de Información Médica de la Unidad de Cuidados Paliativos. Era una mujer de mediana edad, de ademanes secos y expresiones llanas, con la que Jaime pidió cita para saber a qué atenerse antes de entrar en la habitación—. Cuando se presentó en urgencias, ella sola, había muy poco que hacer, no entendemos cómo pudo aguantar tanto. Le fue diagnosticado en estadio cuatro, con metástasis extendida por varios órganos, y pidió el ingreso en esta unidad cuando los dolores empezaron a impedirle realizar su vida normal.

—Entiendo —asintió él, sin mostrar ninguna inflexión—. Lo que no sé es por qué no me llamaron.

—Se avisó solo al familiar directo más próximo, a petición de la propia paciente, Amelia. Y nos costó que lo aceptase, no quería que nadie viniera a visitarla. Le dijo a la supervisora de la unidad, literalmente, que venía aquí a morirse tranquila.

—Muy propio de ella.

—Eso nos cuenta todo el personal, que es una persona con un carácter, digamos, fuerte.

—Es una forma de expresarlo, sí. Aunque es un poco más complicado que eso.

—Sin duda, he hablado con ella. Y lamento que no se haya enterado usted de la noticia antes, porque le queda muy poco tiempo. Esperé todo lo que pudo hasta permitir que llamásemos a su hija, como le comentaba, y me temo que solo transigió porque ha empezado a perder facultades mentales. Antes de eso, alegaba ante nuestra insistencia que había venido para morir tranquila y sin dolores. Que si quería que la molestasen se habría quedado en su casa.

—Pero ella vive sola, en un piso —aclaró Jaime.

—No sé qué decirle, imagino que quizás recibiera visitas que no le apetecía atender, y en la situación actual es complicado asistir en cuidados paliativos a domicilio —explicó—. En cualquier caso, ha llegado usted a tiempo para que puedan despedirse, y no va a negarse. Si necesita hablar primero con la psicóloga clínica... —La doctora hizo una pausa para medir las palabras, quizás tratando de ganar tiempo mientras echaba mano de alguna fórmula protocolaria con la que transmitir la sensibilidad que tal vez hubiera perdido a causa del trabajo rutinario—. A algunos familiares les viene bien cuando se enfrentan a esta situación. Su abuela está muy desmejorada, tiene lagunas de memoria y cabe la posibilidad de que ni siquiera le recuerde.

—No se preocupe, vengo mentalizado para eso —mintió el hombre.

A decir verdad, después de escuchar el mensaje de su madre, Jaime no se había parado a pensar en ningún momento. Esperó hasta terminar su turno de trabajo, volvió a su piso, comió un bocadillo frío, se duchó, se cambió de ropa y se montó en el coche para ir a ver a Amelia.

Se había visto arrastrado por una inercia urgente hasta llegar a este punto y este lugar, en la séptima planta del Hospital Universitario.

—Lo que sí les agradecería es que me avisaran cuando fallezca —pidió Jaime.

—No le puedo garantizar nada, lo normal es que llamen a la persona de contacto asignada, que en este caso es la hija

de la paciente. Pero puede solicitar que tomen nota de su teléfono en Administración, en la planta baja.

—De acuerdo. ¿Puedo entrar ahora? —preguntó al fin.

—Cuando usted quiera. Está en la habitación número seis. En este momento está despierta, acaban de llevarle la merienda hace un rato y protestó porque no le dejan beber vino con las comidas.

Este último comentario, en el que Jaime reconoció de inmediato a la Amelia con la que había convivido, supuso el primer instante de flaqueza en el que tuvo que obligarse a contener las lágrimas.

5

El recorrido desde el despacho de la supervisora médica hasta la habitación fue corto. Jaime se internó en un breve pasillo flanqueado por asideros metálicos de un llamativo color naranja, parecidos a pasamanos, cuya función era facilitar la movilidad de camillas y sillas de ruedas, y encontró la puerta a pocos pasos. Estaba engalanada con un marco del mismo color y tenía el número grabado en una placa, sobre el dintel.

Creía que le acompañaría alguna enfermera u otro miembro del personal sanitario, pero no fue así. Agradeció el detalle, porque le parecía que este era un momento demasiado íntimo como para ser compartido con una persona extraña, ajena al vínculo que lo unía con su abuela.

Contuvo la respiración un momento frente a la puerta abierta, como si con ello pudiera mantener a raya también las emociones, y entró en la habitación.

Le sorprendió ver que Amelia no solo estaba despierta, sino que permanecía incorporada, con la espalda apoyada sobre un par de almohadas. Solo tenía un gotero conectado a una vía que le colgaba de la mano izquierda.

Esperaba monitores que emitirían pitidos perturbadores, el bombeo de un respirador o cualquier otro tipo de aparato ruidoso. Había olvidado que a aquel lugar no se llegaba para que te mantuvieran con vida, sino para dejarte ir con placidez.

La anciana vio entrar a su nieto y sonrió. Aunque había perdido muchísimo peso, la redondez de su rostro se negaba a desaparecer del todo y disimulaba que, por debajo del camisón, no había más que piel pegada al hueso. Solo su color macilento evidenciaba los estragos de la enfermedad a simple vista. O quizás fuera el vigor que todavía proyectaban sus ojos lo que disimulase el deterioro general.

Jaime se acercó hasta el borde de la cama e hizo ademán de tomarla de la mano que tenía libre, pero en el último momento se lo pensó mejor y se limitó a detenerse a su lado, en pie.

—Hola, Amelia. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor que tú —respondió la anciana con contundencia, como si de verdad lo creyera.

—No lo dudo. Siempre estás mejor que los demás.

Se hizo un silencio largo, sin incomodidades, durante el cual abuela y nieto se sostuvieron las miradas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, finalmente.

—Quería verte.

—Pues yo a ti no, tío mierda.

—¿Y eso por qué, Amelia?

—Por qué, por qué. ¿Tú qué crees, Patrick? Vienes cuando te da la gana, entras en mi casa, haces conmigo lo que quieres y desapareces un mes. —Amelia invocaba la perorata de algún recuerdo remoto, quizás de su estancia en los Países Bajos, que fue la más larga que pasó en el extranjero—. Luego me mandas flores —señaló un ramo que reposaba sobre una mesita auxiliar, junto a la ventana— y crees que queda todo perdonado. Pues no. ¡Putero!

Jaime sabía que no debía reírse, pero no pudo contenerse al escuchar aquello. En ocasiones, la tristeza encuentra caminos insospechados para abrirse paso al exterior, así que a las carcajadas las acompañaron unas lágrimas que se le escaparon como si fueran fruto de la fuga de una brecha en una tubería.

—Encima te ríes. Cabrón. Pues no vuelves, te digo que no vuelves a meterte en mi cama. *Wegwezen, verdomde tulp!*

—Me lo tengo merecido —le siguió la corriente, mientras se secaba las mejillas con la manga del jersey.

—¿Me trajiste bombones, por lo menos?

Jaime cayó en la cuenta de que quizás debería haberle llevado algo, que es lo apropiado cuando uno visita a una persona convaleciente. Aunque tampoco estaba seguro de si Amelia podía comer chocolate, y siempre había pensado que las flores deberían limitarse a los muertos.

—Pues no, lo siento. Pero si quieres pregunto si puedes comerlos y salgo a buscarte una caja ahora mismo.

—Déjalo, no preguntes nada a esas zorras, que capaces son de decirte que sí para luego quitármelos y comérselos ellas —aseguró, como si de repente hubiera recuperado la noción del lugar en el que se encontraba.

—Vale, Amelia. Pero dime cómo estás. —Jaime quiso sacar provecho de aquella repentina muestra de lucidez.

—Estoy bien, no dejan que me duela nada ni aunque quiera. Esto es lo que me toca, no te preocupes tanto que te pones muy feo cuando lloras y lo disimulas muy mal.

—Lo intentaré.

Por segunda vez, se miraron durante un largo rato sin pronunciar palabra, dejando que la sintonía que todavía existía entre ambos hablase por ellos. Hasta que, llegado un momento, el hombre se fijó en que el rictus de su abuela empezaba a mutar de la placidez a la preocupación.

—Jaime —pronunció con pesar—, tienes que hacer algo por ella.

Escuchar su nombre hizo que a él se le contrajera el abdomen como si acabara de recibir una punzada lacerante en la boca del estómago. Que lo confundiera con algún amor del pasado lo había liberado, en cierto modo, de la sobrecarga dramática de la situación.

—¿Por quién, abuela?

—Por la chica. Tienes que prestarle atención —advirtió la anciana, extendiendo la mano para señalar por detrás de su nieto—. No te lo permití cuando debí hacerlo y me

arrepiento. El tiempo se le echa encima y necesita que la ayudes.

Su nieto se dio la vuelta, para seguir la trayectoria imaginaria que trazaba el dedo índice de Amelia, y vio que acababa de entrar una veterana enfermera en la habitación.

—Muchas gracias, pero no necesito ayuda, doña Amelia —contestó la mujer, que en realidad parecía poco más joven que la paciente a la que atendía, así que referirse a ella como «la chica» resultaba muy poco apropiado.

Por descontado, Jaime sabía que su abuela no hablaba de la enfermera.